

A la muerte de Juan L. Ortiz

Ida Vitale.

Un cable parco anunció al mundo, desde la Argentina, la muerte de Juan L. Ortiz. ¿Al mundo? ¿Cuántos en el mundo se han conmovido con esta noticia? Después de todo durante su larga vida de ochenta y dos años, este recoleto poeta entrerriano no aspiró a un lugar permanente en la superficie de las comunicaciones. En 1969, los diarios se ocuparon de él por uno de esos equívocos que han acechado a muchos grandes poetas: un premio compartido con Raúl González Tuñón. Su obra fue vasta y serena, en buena parte publicada en pequeños folletos que se editaban con la colaboración de sus amigos.

En 1970, la Biblioteca Popular C.C. Vigil de Rosario reunió la que era hasta ese momento su obra completa, en tres densos volúmenes, con prólogo de Hugo Cola, fiel amigo suyo y un poeta que conocía profundamente la creación de Juanele.

A su presencia en México debo un conocimiento mayor de su obra. Hasta ahora había debido rastrearla en revistas y secciones literarias. El disparatado Cohen, por citar a un libro que compite en originales dislates con el de Jean Franco, no lo menciona, como es previsible, ya que tampoco menciona a Borges, ni a Girondo; ni a Girri.

Pero eso no ha impedido que haya estado rodeado de devociones, porque es muy difícil que una sensibilidad no embotada se encuentre con la suya, hecha para entrar a la naturaleza como el ámbito natural del espíritu del hombre, y la olvide. En un tiempo que nos aparta de la belleza natural dentro de ciudades de las que está cada vez más ausente, Juan L. Ortiz parece hombre de un siglo ideal, embebido de naturaleza y abierto a la confianza en un hombre puro y fraterno. Pocos poetas en lengua española han sentido como él la identificación del "tiempo del alma" con el otro tiempo ligado al mundo natural y a sus cambios.

"*Qué tiempo del alma / es éste que en la tarde, infinitamente, transparece unas islas?*"

Estimulado en sus comienzos por el impresionismo - Juan Ramón Jiménez, Maeterlinck -, el registro de una circunstancia cotidiana, aunque trascendida, dio a su poesía una densidad que contrasta con lo leve de esa materia que emplea, "entre flotante y vaporosa que responde a su naturaleza profunda", según señala Carlos Mastronardi, otro poeta entrerriano muerto hace pocos años.

Las palabras, *amigo amiga*, son quizás las que con mayor frecuencia

aparecen en su poesía, nacida siempre no de un monólogo sino de un diálogo con los hombres y con las cosas. Un diálogo generoso, magistral en el más alto sentido, atento a la ternura latente en el mando, atento a enseñar a observarla.

Su ámbito natal le mereció un extensísimo cántico de más de cien páginas en que historia y naturaleza se traman. De sus libros emana una melancolía superada, quizá la más digna de las actitudes que puede asumir el hombre. "*La mañana no ha dicho nada y el atardecer no dirá nada, como todos los días...*" Sin duda tuvo conciencia del privilegio de vivir en medio de la belleza, privilegio conquistado por el sacrificio de los bienes materiales, las ostentaciones y las glorias al paso. Sin duda sintió la obligación de ser un canal entre esa belleza y los privados de ella. Sin duda tuvo conciencia de que estos eran muchos y de que para ellos podía ser un lujo inútil. "*No podéis, no, prestar atención a las bellezas, a las gracias que os rodean... Bajo la lluvia y el frío habréis de marchar fuertes... La lluvia sobre los jardines, ¿será una ironía, acaso, para vuestra hambre...* Ahora que esa reflexión acaba de cerrarse esperemos que el amplio mundo de lectores que merece pueda empezar a escucharla.

UNOIMASUNO

Sepelio de Torre Nilsson; fue velado en un teatro

BUENOS AIRES, 10 de septiembre (Latin). — Los restos del director cinematográfico argentino Leopoldo Torre Nilsson, fallecido anteayer aquí a los 54 años, fueron sepultados ayer, tras ser velados en una sala teatral, donde su féretro estuvo flanqueado por una foto de Gison Welles y un cartel de propaganda de una de sus películas, según sus deseos.

Considerado como uno de los pocos cineastas locales de nivel internacional, inició su carrera como asistente de su padre Leopoldo Torres Ríos, quien también dirigió cine aquí.

Sus obras se dividen en dos grupos: uno en el que expresó su concepción intelectual del cine, con trabajos intimistas, sobre excelentes libros, y otros que implicaron cierta concesión a las necesidades de la industria local, tocando temas populares y algunos de la historia nacional.

Torre Nilsson, intimista reflexivo

Ana María Amado

Las obras que más insistentemente llevó Torre Nilsson a la pantalla fueron las de su esposa, Beatriz Guido. Desde su primer trabajo conjunto, *La casa del ángel* (1957) basada en una novela de Guido, jamás se interrumpiría esta colaboración a lo largo de todo su trabajo. Fue precisamente este título (hoy seleccionado por el British Film Institute, con otros de Torre Nilsson), el que revelaría internacionalmente su nombre. *La caída*, 1959, *Fin de fiesta*, 1960 *Un guapo del 900*, 1960, y *La mano en la trampa*, 1961, terminarían de afianzarlo en la corriente del cine de autor, intimista, reflexivo. A su vez, su obra se convertía en la más significativa de su generación, en cuanto a un elaborado preciosismo formal, a la estructuración de un campo narrativo más complejo dentro de una chatura generalizada (con la excepción de Fernando Ayala, en ocasiones) de la producción cinematográfica argentina de los 50.

Ese caligrafismo fue calificado de

"inofensivo" muchas veces, aunque sus filmes permitían aproximaciones críticas muy valiosas a cierta realidad prosperonista del país. En su producción hubo saltos que lo llevan del mundo cerrado de la oligarquía descrito en las obras de su esposa, a películas épicas de resultado muy discutible como *Martin Fierro*, *El santo de la espada* y *Güemes o la tierra en armas*, las dos últimas dedicadas a San Martín y Güemes, generales de la independencia argentina. Pero ante los ataques, Torre Nilsson sostuvo que su elección tenía una unidad. "El problema de la soledad del hombre y de su incomunicación con el medio, son un poco los constantes de mi trabajo —decía—, a través de distintas literaturas; y a pesar de diferencias exteriores, interiormente tienen una relación".

El teatro, a través de autores como Graham Greene o Harold Pinter, lo ocupó poco en relación a la creación cinematográfica. Quizá sean también vastas las horas que dedicó a escribir, ya

que publicó varias novelas y libros de poesía. Entre las primeras, dejó una aún sin publicar: *Jorge, el nadador*, posiblemente de próxima aparición después de su muerte.

Numerosos premios nacionales (del Instituto Nacional de Cinematografía y de la Asociación de Críticos Cinematográficos Argentinos) e internacionales (Cannes, Sestri Levante, Nueva York, Río de Janeiro, Berlín, San Sebastián), corroboraron las virtudes de una obra personal discutida, múltiple, variada, que se bastó por su propio peso para darle una vigencia constante.

Su última película, *Piedra libre* (1975), obtuvo el premio a la mejor dirección en el Festival de Taormina, Italia, y una buena acogida en Europa. El extranjero resultó la única vía posible: estrenada en Buenos Aires al mes de instalarse la dictadura militar, fue inexplicablemente prohibida su exhibición en todo el territorio del país, pocas horas después de su primera proyección.